

Sermon del Domingo de Trinidad
26 mayo 2024, St. Luke/San Lucas
Isaiah 6:1-8; Romans 8:12-17; John 3:1-17; Psalm 29

Señor, toma mis palabras y habla a través de ellas,
Toma nuestros pensamientos y piensa en ellos,
Toma nuestros corazones y prendeles fuego.
Amén.

Hoy es el Domingo de la Trinidad y tengo una confesión que hacer. Siempre he luchado con el concepto de la Trinidad. En la formación diaconal, pasamos un trimestre entero estudiando la doctrina de la Trinidad. Leemos cientos de páginas escritas por teólogos de todos los tiempos. Vimos videoconferencias de numerosos profesores. Cuestionamos, investigamos y debatimos y, al final, la mayoría de nosotros admitimos estar tan confundidos como cuando empezamos. Y no estamos solos.

En la historia de la iglesia, aprendimos que la doctrina de la Trinidad ha sido (y sigue siendo) controvertida. Las diferencias sobre la Trinidad fueron un elemento del Gran Cisma, la división entre ortodoxos y occidentales. Los ortodoxos insisten en que las tres partes de la Trinidad son perfectamente coiguales, lo cual, admito, hasta este momento había pensado que nosotros, en la iglesia occidental, también creíamos. Pero existe esa frase problemática en el credo de Nicea: "Creo en el Espíritu Santo, Señor, dador de vida, que procede del Padre y del Hijo...". Si algo procede de, sale de, es mandado por, ¿es menor que? Entonces, ¿es coigual? Me duele el cerebro.

¿Dónde nos deja eso, aparte de buscar la aspirina? Decidí adoptar un enfoque diferente, reconociendo abiertamente las limitaciones de mi mente e inclinándome hacia ese espacio. Dios está, por definición, más allá de la comprensión humana. Dios es más grande de lo que podemos comprender, más amplio, más profundo, más elevado, más poderoso, más amoroso, más todo. Pero nosotros, los humanos, hacemos todo lo posible

para convertir lo desconocido y lo incognoscible en algo que podamos manejar, que podamos captar, que podamos nombrar.

Según el plan de estudios bíblico de mi escuela secundaria, hay más de cincuenta nombres diferentes para Dios—e es interesante que la Trinidad no es una de ellas. Dios es: El Todopoderoso. El Rey de la Creación. Amar. La palabra. Maravillosa conserjera. Príncipe de la Paz. Todos contienen verdad. Todos revelan aspectos o características de Dios que son relevantes para ese tiempo y espacio en particular. Todo ha sido registrado para nosotros, compartido con nosotros, en las Escrituras y en los escritos de otras personas que han conocido a Dios a lo largo de sus vidas.

La analogía que resuena proviene de la fábula de los ciegos y el elefante. No se si ese existe en español. Originaria de lo que hoy es la India, la historia es conocida en inglés gracias al poema de John Godfrey Saxe. En él, varios ciegos se acercan a un elefante y, utilizando únicamente el sentido del tacto, describen qué es para ellos el elefante. Uno corre hacia el costado del elefante, siente la solidez, la altura y la anchura del animal, y anuncia que un elefante es como una pared. Otro, al encontrar la trompa, larga, flexible y cálida, insiste en que un elefante es como una serpiente. Un tercero, al sentir la pata, redonda y arrugada, declara con orgullo que un elefante es como un árbol. Y así sucesivamente, a través de las distintas partes del cuerpo del elefante, y cada ciego insistía en que sabía qué era un elefante.

El poema continúa con la idea de que, "así, estos hombres de Indostan, discutieron en voz alta y durante mucho tiempo, cada uno en su propia opinión, extremadamente rígidos y fuertes, aunque cada uno tenía parte de razón y todos estaban equivocados". En sus limitaciones, con un conocimiento sólo parcial, utilizando sólo el sentido del tacto, tenían una comprensión incompleta de la verdad. Se perdieron la enormidad y la plenitud de lo que es un elefante. Y en lugar de escucharse unos a otros, combinando sus observaciones

para crear una comprensión más completa de lo que era el elefante, prefirieron discutir, dejar que sus diferencias se dividieran.

Al considerar la Trinidad como un esfuerzo humano inadecuado para nombrar lo innombrable, para conocer lo incognoscible, puedo ver destellos de verdad en las diversas personas o aspectos de la Trinidad. Dios ciertamente es como un pariente. Dios es el Creador y trae vida a la humanidad. Estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, así como cada uno de nosotros lleva rasgos de nuestros padres. Así como los padres brindan sabiduría, instrucción y corrección ocasional a sus hijos, Dios a lo largo de la Biblia brinda a los humanos orientación sobre cómo vivir una vida plena, en comunión con Dios y con los demás. Cuando nosotros, en nuestras insuficiencias, hacemos algo mal, nuestros padres pueden enojarse, imponer castigos, pero en todo momento sienten dolor por nosotros y continúan amándonos. ¿Algo de esto te suena familiar? Adán y Eva, Noé, Abraham y Lot, David, Pedro.... La imagen del padre se encuentra claramente en nuestras Escrituras y, en ocasiones, es el personaje de Dios con quien podemos relacionarnos más fácilmente. Dios es el padre amoroso.

La segunda persona, o aspecto, de la Trinidad es el Hijo, Jesucristo, también muy identificable para la mayoría de nosotros los seres humanos. La parte de la encarnación, Dios en forma humana, completamente humana y completamente divina, puede ser un poco complicado, pero en un buen día, todavía está al alcance de un cerebro humano débil. A veces pienso en Jesús como el ser humano perfecto o perfeccionado: lo que debemos ser. Jesús es quien nos esforzamos por ser. El Hijo perfecto de Dios. Una vez más, un aspecto de Dios con quien podemos relacionarnos, a quien podemos intentar emular, a quien admiramos. Dios es Cristo, el Hijo.

El Espíritu Santo, la tercera persona o aspecto de la Trinidad, es poco más difícil para mi cerebro. Descrito en varias partes de las Escrituras como aliento, viento, inspiración, el Espíritu Santo es el aspecto de Dios que existe en cada ser humano viviente. Es lo que nos

da vida. Es lo que nos conecta con Dios. Siempre presente, aunque no siempre accedamos a su poder, a su amor, a su gracia. El Espíritu es un poco más nebuloso, menos concreto en cierto modo, que otros aspectos de Dios, pero aún así, al ejercitar esos músculos cerebrales, el alcance, el alcance y la comprensión están ahí. El Espíritu Santo es esa parte de Dios que vive dentro de todos y cada uno de nosotros. Dios es el Espíritu Santo.

Por fin llegamos a la pregunta de hoy: ¿quién es Dios? para nosotros? ¿A mi? Reconozco que, con las limitaciones de mi mente y experiencias humanas, extraño la enormidad, la plenitud de lo Divino. Y es fácil dejar que nuestras diferencias en cómo vemos a Dios nos dividan.

Sin embargo, incluso en mi comprensión incompleta, en mis imperfecciones humanas, hay algunas cosas que sí sé, cosas escritas en el Evangelio de hoy: Dios es amor. Dios está conmigo. Y ya sea que tu experiencia de Dios sea la misma o diferente, Dios te ama y también está contigo.

Me gustaría cerrar con una oración:

Dios del cielo y de la tierra,
antes de la fundación del universo,
tú eres el Dios trino y vivificante:
Autor de la creación, Palabra eterna de salvación,
y Espíritu vivificante de sabiduría.
Guíanos a toda verdad por tu Espíritu,
que proclamemos con nuestra vida
todo lo que Cristo ha revelado de vuestro amor.
Alabado seas, oh Santo Tres, ahora y siempre. Amén